

La insostenible levedad del lenguaje¹

Esteve Freixa i Baqué²

Permítanme antes de comenzar mi charla propiamente dicha que les robe unos instantes para agradecer muy profunda y sinceramente a los organizadores de este evento su tan amable y generosa invitación. Y, especialmente, a todo el equipo del Grupo T de la FES Iztacala que se está desviviendo para hacer que mi nueva estancia entre ustedes (ya había tenido el honor y el privilegio de participar en la edición del 2009) constituya un verdadero encanto. Y quisiera dejar claro que no se trata de un forzado, obligado y protocolario cumplimiento (con el cual “cumpló” y “miento”), si no que les hablo con el corazón en la mano. Es por ellos que con mucho gusto he aceptado abrir un pequeño paréntesis en mi feliz y envidiable vida de recién jubilado.

Como lo indica explícitamente el título que he escogido para esta conferencia (referencia explícita al maravilloso libro de Milan Kundera que, si acaso alguno de ustedes aun no lo ha leído, le autorizo a levantarse ahora mismo para ir a buscarlo en la biblioteca), voy a exponerles algunas de las reflexiones que se han forjado en mi mente a lo largo de mis 35 años de docencia.

Es hoy en día una banalidad afirmar que el lenguaje que utilizamos para referirnos al mundo que nos rodea, así como a nuestras interacciones con él (lo que algunos por aquí llaman “interconducta”) está fuertemente determinado por las

¹ El autor agradece a Maria Sánchez Pérez su minucioso trabajo de corrección del texto, expurgándolo de los mil catalanismos y galicismos que contenía.

² contacto : freixa.esteve@gmail.com

creencias, ideologías y concepciones (lo que los filósofos alemanes llaman « *weltanschauung* ») compartidas por nuestro grupo cultural de referencia, al que pertenecemos desde que nacimos, y que nos las ha transmitido, casi con la leche materna misma, desde nuestra tierna infancia sin que seamos forzosamente conscientes de su aspecto relativo en cuanto al espacio (país) y al tiempo (época). En otras palabras, el lenguaje con el que nos expresamos refleja y traduce las concepciones dominantes de la sociedad sobre el mundo en el momento en que se forjan los vocablos.

Justo un par o tres de ejemplos para que quede bien claro lo que estamos diciendo.

- ✓ La palabra “melancólico” para definir a un sujeto con tendencias repetidas y sostenidas a la tristeza y nostalgia patológicas nos viene del griego μέλας (mélas), “negro” y de χολή (khōlé), “la bilis”. Está claramente basada en la teoría de los “humores” de Hipócrates que postula la existencia de 4 “humores” en el cuerpo humano (la linfa, la sangre, la bilis amarilla y la bilis negra) que determinan nuestra conducta, teoría que desemboca en la tipología ortogonal de melancólico, flemático, colérico y sanguíneo según la preponderancia de cada uno de los humores (bilis negra, linfa, bilis amarilla y sangre respectivamente).
- ✓ La palabra “quintaesencia” proviene, de manera totalmente transparente, de la teoría de los 4 (de nuevo este número “mágico”) elementos o 4 esencias (tierra, aire, fuego y agua), únicos componentes, según ella, de todo lo que existe en el universo, a condición que la “quinta esencia” los revele (recuerden la espectacular película de Luc Besson “*El quinto elemento*”, con Bruce Willis

y Milla Jovovich). Para los alquimistas, la famosa quintaesencia era el mítico “flogisto”.

- ✓ La palabra “animado” significa “habitado por una alma” y corresponde a la doctrina dualista de Platón, retomada por San Agustín, santo Tomás de Aquino y los Padres de la Iglesia, según la cual los seres vivos están compuestos de un cuerpo (material y, por ende, mortal) y de una alma (espiritual y, por ende, inmortal). El hombre es un ser animado (poseyendo una alma) mientras que las piedras son inanimadas (sin poseer alma). Y, según las épocas, se discutió apasionadamente no solo acerca de saber si los animales tenían o no una alma, sino también los indios, los negros e incluso (¡se lo juro!) las mujeres. Y por más que lo nieguen, la dicotomía “soma/psique”, la base misma del tan criticable concepto de “psicosomático”, no es más que la versión laica de dicha concepción religiosa.

Evidentemente, hoy en día las concepciones que dieron origen a los vocablos “melancólico” o “quintaesencia” han sido completamente abandonadas y el dualismo no goza de muy buena prensa entre gran parte de la humanidad ilustrada (entre la cual, en principio, cabe incluir a los científicos). Sin embargo, y a pesar de ello, no hemos redefinido tales términos y continuamos empleándolos corrientemente, de la misma manera que seguimos hablando del Sol que “se levanta” o “se pone” por más que la concepción geocéntrica haya sido destronada hace ya cientos de años y substituida por la concepción heliocéntrica.

Cuando una cultura, una civilización, cambia de paradigma (como diría Kuhn), sería lógico que, para evitar confusiones, para impedir que las antiguas teorías continúen vigentes en la mente de los conciudadanos, se procediese a una revisión de la terminología en boga, a una especie de “limpieza semántica” radical que

erradicara los vocablos que ya no tienen razón de ser puesto que ya no cumplen con su misión primordial, a saber: describir correctamente el mundo. Pero raramente eso ocurre así y vemos perdurar durante siglos palabras que remiten a conceptos totalmente “pasados de moda” (y no confundan nunca las palabras y los conceptos, que son cosas muy distintas. ¿Qué tienen en efecto de común, a nivel conceptual, el cielo del teólogo, el cielo del astrofísico, el cielo del meteorólogo y el cielo del poeta?).

A título de ejemplo de “pasado de moda”: ¿qué significará en un futuro muy próximo (si es que no es ya actualmente el caso) para unos jóvenes que solo han conocido, como reloj, los dígitos de su teléfono celular, la expresión: “repártanse los naipes en el sentido contrario al de las agujas de un reloj”? O, sencillamente: ¿“más limpio que una patena”, “más paciencia que Job” o “que las Parcas no te corten aun los hilos”?

Me dirán ustedes que, cierto, llevo razón (muchas gracias...) pero que ello no tiene demasiada importancia puesto que, hoy en día, todos sabemos perfectamente cuando decimos al ser amado: “te quiero con todo mi corazón” que el amor no reside en el corazón (como lo creían los antiguos observando la evidente correlación entre sentimiento amoroso y aceleración del ritmo cardiaco). Y que no por decir que hoy el Sol ha salido temprano estamos adhiriendo al geocentrismo. A mi vez, yo también les daré la razón (de nada...) pero (siempre hay un “pero”...) les recordaré que las concepciones erróneas de las que estamos hablando cayeron en desuso hace siglos y, por consiguiente, aunque los vocablos heredados de ellas persistan, nosotros no hemos “mamado” dichas teorías, sino las que las han sustituido. Podemos pues, sin caer en la esquizofrenia, hacer malabares con el “bilingüismo” que supone utilizar palabras pertenecientes a una teoría con una mano y manejar

los conceptos de la teoría de sustitución con la otra. Podemos, por la sencilla razón de que nos beneficiamos de un entreno muy y muy largo, de una “gimnasia mental” muy ejercida.

Pero, ¿sería prudente actuar así, jugando verbalmente con el fuego, en el momento mismo en que dos paradigmas antagónicos aun coexisten? ¿En una época en que “la batalla” aún no está totalmente decidida? ¿En la que reina la confusión? ¿En la que la nueva conceptualización es tan reciente que incluso sus más fervientes defensores “mamaron” la anterior y tuvieron que deshacerse, difícil y costosamente, de ella? ¿En que la nueva teoría es tan reciente que solo una élite instruida la ha adoptado frente a una gran mayoría que sigue “prisionera” de las antiguas concepciones? Honradamente, yo creo que no. Sobre todo teniendo en cuenta que, como casi siempre, las antiguas concepciones, además de ser eso, muy antiguas y, por consiguiente, muy enraizadas y gozando del prestigio, de la “solera” de todo aquello que es viejo (*casa fundada en 1814; ebanista de padre a hijo desde 1751, etc.*) presentan la gran ventaja de ser intuitivas (por ello pudieron ser elaborados por los hombres primitivos: porque se desprenden “intuitivamente” de la experiencia sensible, de la “engañosa vía de los sentidos”, como nos avisan los sabios), mientras que las nuevas concepciones son casi siempre anti-intuitivas y tienen que vencer un gran número de obstáculos, una gran resistencia antes de imponerse, resistencia que puede durar varias generaciones... Recuerden sino la lentitud con que se pasó de la alquimia a la química, de la Tierra plana a la Tierra redonda, del geocentrismo al heliocentrismo, sin hablar de las reticencias a aceptar la teoría darwiniana de la evolución...

Todos los combates que acabo de evocar pertenecen al pasado (excepto para los adeptos del creacionismo, por supuesto). Pero, por suerte o por desgracia,

nuestra disciplina es muy joven y estamos en plena contienda. La sustitución del cognitivismo por el conductismo (radical o interconductismo) está lejos, muy lejos, de haber sido realizada. Es por ello que, en pleno combate, resulta muy peligroso para el partidario de la nueva concepción seguir usando los términos de la antigua. Porque suponiendo (que ya es mucho suponer, se lo aseguro) que para él esté tan claro como cuando habla del Sol que “se pone”, para su contrincante y, sobre todo, para la mayoría de la gente que no ha tenido la suerte de haber sido expuesta a la nueva conceptualización y sigue convencida de la justeza y pertinencia de la anterior, tan sólidamente intuitiva y “de sentido común” (contrariamente a los postulados científicos respecto a la conducta de los seres vivos en general y de los humanos -que es lo que interesa- en particular), para la mayoría de la gente, pues, esta política de malabar, de “bilingüismo conceptual”, es más que peligrosa: es suicida.

Intentaré justificar mi posición contándoles una anécdota personal muy antigua a la que no saqué su “jugo epistemológico” hasta hace algunos años y que he contado repetidas veces a mis alumnos porque me parece muy pedagógica.

De pequeño, mis padres me llevaron una vez a ver una película “del oeste” (como decíamos entonces en lugar de decir: un “*western*”) protagonizada por el gran James Stewart (¿les suena?) cuyo argumento era el clásico viaje con carretas hacia el oeste salvaje de una serie de familias modestas que esperaban encontrar allí una especie de “Eldorado”. De toda la película solo recuerdo una escena. El personaje encarnado por James Stewart tenía una hija adolescente de una belleza tal que incluso yo, un niño aun totalmente inocente, me quedé de inmediato locamente enamorado de ella. Pero, por desgracia, no era yo el único pretendiente pues en la caravana vecina a la suya viajaba un galán que acumulaba la doble ventaja de tener

más o menos su edad y de no ser un simple espectador en el otro lado de la pantalla. Una noche, cuando con las caravanas dispuestas en círculo por si los indios atacaban (y obviamente atacaron en algún momento de la película), la cena y el café tomados, el banjo y la armónica tocados, la hoguera central ya apagándose y las familias retirándose a sus respectivas carretas para descansar, James Stewart se da cuenta de que su hija y el joven ese que se pasa el día devorándola con los ojos se han esfumado. Evidentemente, empieza a preocuparse y, como buen padre que es, empieza a temer por la honra de su hija hasta entonces virgen (como Dios manda). Las horas pasan y la parejita sin aparecer. La angustia del padre llegaba a su máximo cuando los ve por fin regresar, tranquilamente cogidos de la mano, como si ni siquiera se diesen cuenta de que eran las tantas de la madrugada. El padre se encara con su hija y le lanza (son palabras textuales; me quedaron grabadas): *“hija mía, mirame a los ojos y dime: ¿has hecho algo de lo que tengas que sentirte avergonzada?”* La hija le sostiene la mirada, deja pasar unos segundos para mantener el “suspense” en el espectador y con gran gravedad le responde: *“no, padre”*. James Stewart suspira, profundamente aliviado, pasa el brazo sobre los hombros de su hija y se dirigen reconciliados y en paz hacia su caravana, pues al día siguiente les espera un largo camino por recorrer.

No recuerdo nada más. Pero esa frase, que hacía alusión (aunque muy elípticamente) a asuntos sexuales, me quedó, como les acabo de decir, grabada para siempre. Probablemente por un simple mecanismo pavloviano asociando la belleza increíble de aquella muchacha y la dulce sensación sensual que tal alusión había provocado en aquel inocente chaval que era yo entonces. Pero si este recuerdo perduró y atravesó varias décadas, no fue hasta muy tarde que descubrí que podía constituir un buen ejemplo de lo que estoy intentando explicar. La

“revelación” llegó una noche en que mi hijo, adolescente, había salido por ahí, de parranda con su amiguita de entonces, y aun no había regresado. Empezaba yo a inquietarme no por su “virtud” (estábamos en Francia y acabábamos de estrenar el siglo XXI) sino por si le hubiese pasado algo con su moto. Y mientras le esperaba, esta escena, por su similitud, se invitó en mi pensamiento. Y me puse a imaginar lo ridículo que sería si, en nuestra época y en nuestro país, con una moral sexual tan diferente de aquella con la que yo había sido educado, me comportase con mi hijo como James Stewart con su hija. Me imaginaba la escena. Mi hijo que por fin pone la llave en la cerradura y entra en el vestíbulo. Yo que me le pongo enfrente y que, con toda solemnidad, le digo: *“Max, mírame a los ojos y dime: ¿has hecho algo de lo que tengas que sentirte avergonzado?”*

Y ahí es donde quería yo llegar. Para James Stewart y su hija, en la época y el país que eran los suyos, tener relaciones sexuales sin estar casados constituía un grave pecado mortal y un motivo indiscutible de vergüenza. Es por ello que, de manera púdica, indirecta, elíptica (como he dicho antes) el padre pregunta a su hija si ha cedido a “la concupiscencia de la carne” (como dicen los curas y frailes); y para no tener que utilizar palabras tan crudas usa la expresión *¿has hecho algo de lo que tengas que sentirte avergonzada?* Porque es evidente, en el marco de esta moral sexual, que tener relaciones pre-matrimoniales es algo indiscutiblemente vergonzoso. En este marco pues, preguntar si ha cometido algo vergonzoso es estrictamente sinónimo, pero en versión “soft”, de preguntar si han tenido relaciones sexuales. Y es evidente también que contestando “no” a la pregunta explícita sobre la vergüenza, la hija responde “no” a la pregunta implícita sobre el sexo. Y que si hubiese respondido “sí” a una hubiese querido decir “sí” a la otra.

Pero volvamos a mi hijo. Supongamos que yo no hubiese evolucionado y que me hubiera quedado con la educación estricta que recibí sobre estos asuntos “vergonzosos” (que era la misma que la de James Stewart y su hija en la película). Supongamos también que mi hijo sabe pues que, para mí, el sexo entre novios es vergonzoso. Y supongamos además (y en este caso no se trataba de una suposición, sino de una evidencia) que mi hijo había pasado las últimas horas en la cama con su compañera. Qué hubiese debido contestarme él: ¿”sí” o “no”? Analicemos su dilema.

Si él es honrado y no quiere engañarme, contestará a la pregunta implícita (sobre el sexo) y no a la explícita (sobre la vergüenza) puesto que entiende muy bien que lo que a mí me interesa realmente no es saber si siente vergüenza (a pesar de que, sin embargo, esto es lo que le he literalmente preguntado) sino si ha tenido intimidad con su chica (cosa que, en el marco de mi moral, es lo que le he metafóricamente preguntado utilizando un equivalente estricto: la vergüenza; pero que en el marco de su moral de joven francés del siglo XXI, sexo y vergüenza no siendo intercambiables, yo no le he preguntado). ¿Me siguen? Conociendo él ambas morales (la mía y la suya; es decir, siendo “bilingüe”) y queriendo decirme honradamente la verdad, no le queda otro remedio que contestar: “sí”. Pero fíjense que tal respuesta le obliga a reconocer que considera que hacer el amor a su novia, que es uno de los actos más dulces, agradables y maravillosos que conoce, es algo vergonzoso. Y muy posiblemente, aunque solo sea por respeto a su amor y a su amada, no va a querer “abjurar”, no va a querer renunciar a su propia concepción de las cosas confesando que los placeres que generosa y enamoradamente ha dado y ha recibido son vergonzosos. Si quiere pues ser consecuente consigo mismo, debe contestar “no” (por más que todo su cuerpo huele a mujer). El dilema para él se

resume pues a renegar de sí mismo o engañarme. Y estarán de acuerdo conmigo que ninguno de los dos términos de la alternativa resulta satisfactorio.

En situación similar se halla un conductista cuando comunica con un cognitivista. El cognitivista utiliza términos y conceptos (“naturaleza humana”, “toma de decisión”, “tratamiento de la información”, “libre arbitrio” y toda la retahíla de vocablos mentalistas de la psicología tradicional) que pertenecen a (y fueron forjados por) una conceptualización ancestral, que el conductista sabe equivocada, pero que está aun plenamente en boga en la sociedad actual, en la que ha nacido y se mueve a diario. Por supuesto, el conductista es “bilingüe” puesto que no solo conoce perfectamente (porque la “ha mamado” y constituye pues su “lengua materna”) la conceptualización del cognitivista sino que además aprendió una “lengua extranjera”, el “behaviorlandés” y, contrariamente a su interlocutor, que es “monolingüe”, puede manejarse en ambas. Y, o bien se mantiene fiel a su propia conceptualización, y el diálogo es imposible puesto que su contrincante no entiende en absoluto lo que le están diciendo puesto que no posee dichos conceptos; o bien, en aras al diálogo, consiente en “traducir”, utilizando el marco conceptual cognitivo (el único que les es común) y entonces no solo reniega de sí mismo sino que se sitúa indiscutiblemente en posición de inferioridad puesto que, para responder a las problemáticas propias del cognitismo, no cabe duda que los conceptos cognitivos son más adecuados (puesto que fueron justamente engendrados para corresponder a ese marco preciso) que los conceptos conductistas.

El psicólogo y epistemólogo Jean Bélanger lo expresa en estos términos:

“El psicólogo conductista, como cualquier individuo, ha sido criado y vive en una cultura impregnada de concepciones psicológicas tradicionales. En parte, dicha

cultura define la naturaleza de la psicología, sus problemas, sus tareas y los tipos de soluciones esperados. Los primeros conceptos que adquiere cualquier psicólogo son los de su cultura; y su manejo se convierte en algo socialmente natural. El investigador en psicología debe comunicarse con investigadores de disciplinas vecinas, los cuales están igualmente impregnados, con respecto a la psicología, de los mismos condicionamientos culturales. Por ende, el psicólogo conductista debe justificar socialmente su existencia, suscitar su aceptación por parte de la sociedad en la que vive y que le paga su sueldo, le confiere o le niega prestigio, etc. Y no puede realizar esto de otro modo más que respondiendo a los deseos del grupo social en el que se inscribe". (...) Resulta difícil atacar a una teoría rival en su propio ámbito. El contestatario aparece como un intruso, como un bárbaro, como un grosero. Para penetrar en el ámbito, para guiarse en su interior, para comunicarse con los demás, deberá utilizar el mapa de la teoría establecida y, en consecuencia, partir con un handicap. Si pide una reinterpretación de varios fenómenos bien conocidos, si propone concepciones que van en contra de "lo que todo el mundo sabe que es cierto", se expone a encontrarse en contradicción con el mapa, o sea, consigo mismo, puesto que ha aceptado el mapa para penetrar en el ámbito y comunicar su teoría. Si, por el contrario, rechaza totalmente el mapa establecido, se sitúa fuera de ámbito, como no pertinente. Si propone un nuevo mapa, debe afrontar un nuevo problema: dada la identificación de la teoría establecida con el ámbito en cuestión, los "hechos" ya conocidos, incluso si concuerdan con su nueva postura, parecen, por simple familiaridad, integrarse mucho mejor con la teoría de su rival. (...)

Renunciar a su propio lenguaje para adoptar el del mentalista resulta pues un ejercicio muy peligroso, como igualmente lo defiende Bélanger:

Es peligroso porque deja entender que un enfoque conductista puede resolver los problemas de la psicología mentalista. Supone, a priori, que las cuestiones, problemas y conceptos mentalistas se reducen a (o pueden ser estudiados por) cuestiones, problemas y conceptos de conducta. El error del conductismo metodológico (y del conductismo filosófico, su hermano gemelo) es creer que una teoría conductista puede hacer esto en el interior mismo de la psicología mentalista, y de manera satisfactoria para los mentalistas. Pero ante las contradicciones entre las conductas y los conceptos mentalistas, el mentalista no puede sino preferir la evidencia de sus conceptos y afirmar con razón -desde su punto de vista- la insuficiencia del conductismo. Es importante comprender que la tarea del conductismo no consiste en satisfacer las exigencias o responder a los criterios de una psicología mentalista.

Bueno, a mí siempre me ha gustado explicar las cosas de la manera más sencilla posible, echando mano a ejemplos y metáforas para facilitar la comprensión. Como lo decía Feynman, premio Nobel de física en 1965, todo científico debe ser capaz de explicar de manera simple lo complejo. Voy pues a decir lo mismo que Bélanger pero a mi manera. Y para ello voy a pedirles su opinión sobre un tema de sociedad. Cuando ambos miembros de una pareja trabajan 8 horas diarias, ¿piensan ustedes que el hombre debería ayudar a la mujer en las tareas domésticas? A ver, levanten la mano los que piensan que sí. Gracias. Ahora los que piensan que no. Gracias.

Como han podido comprobar, yo he votado “no”. ¿Les sorprende? Pues a mí me sorprende que les sorprenda. Vamos a ver, ¿por qué motivo tendría yo que “ayudar” a mi compañera en “sus” quehaceres domésticos? Ustedes han caído en la trampa que les he tendido empleando la palabra “ayudar”, que remite, de manera

indiscutible, a una concepción, un marco ideológico descaradamente machista en el cual las tareas domésticas son asunto exclusivo de la mujer; pero como que ustedes son muy “modernos” y “abiertos”, consienten a echarle una mano para aliviarle un poco la carga que, repito, le incumbe a ella. Y ella deberá darle efusivamente las gracias por su “ayuda”, decirle que es usted el hombre más maravilloso “del mundo mundial” so pena de pasar por una desagradecida.

Yo no “ayudo” a mi compañera porque no comulgo con esta ideología que considera que es normal que las tareas domésticas recaigan por definición sobre las espaldas de la mujer. Yo no “ayudo”: yo comparto los quehaceres domésticos, porque considero que nos incumben a ambos por igual.

Ayudar y compartir no es lo mismo. Dichos términos remiten a dos conceptualizaciones diferentes, contradictorias e irreconciliables. Yo no trato de mejorar la calidad o la cantidad de mi “ayuda” asumiendo el 50% de las tareas. Yo comparto. ¿Ven que, aunque en la práctica el resultado pueda ser idéntico, yo no estoy intentando acomodar mi punto de vista al del machista diciendo que la “ayuda” en un 50%? Yo recuso, rechazo el concepto mismo de ayudar porque remite, justamente, a un marco machista. Utilizar el verbo ayudar denota y revela machismo. Y si uno no lo es, entonces debe abandonar dicho vocablo, porque utilizándolo perpetúa, gracias al lenguaje, tal concepción.

Pero, en este ejemplo, resultaba relativamente fácil desenmascarar la ideología subyacente al lenguaje utilizado. Lo peor es cuando la ideología en cuestión es tan antigua, generalizada e interiorizada que ni siquiera la identificamos como tal, que ni siquiera nos damos cuenta de su presencia, que nos parece lo más natural del mundo y no imaginamos que las cosas puedan ser de otra manera. Y, por

consiguiente, no habiéndola identificado, nos resulta imposible combatirla, destronarla. Más tarde usaré la metáfora del rostro y la máscara para ejemplarizar este fenómeno. Pero creo que con los simples conceptos de tela, marco y cuadro van a entender lo que quiero decir.

Si ustedes solo han visto, en toda su vida, cuadros cuyas telas se hallan enmarcadas por marcos rectangulares, llegarán a la conclusión de que, por esencia, un cuadro es una tela enmarcada por un marco rectangular. Comprobarán que las telas pueden representar motivos muy diferentes: paisajes, personajes, bodegones, etc. Que pueden pertenecer a escuelas diferentes: clasicismo, surrealismo, impresionismo, cubismo, etc. Constarán incluso que los mismos marcos pueden ser de dimensiones distintas, pero siempre formando un rectángulo (incluso en ese caso tan particular de rectángulo cuyos 4 lados son idénticos y que llamamos entonces cuadrado). Pueden también ser constituidos por materiales diferentes (madera, yeso, metal), adornados con motivos diferentes, coloreados con colores diferentes, etc. etc. etc. Pero ello no quita que, para ustedes, un cuadro es forzosamente un objeto rectangular, sean cuales sean las características particulares de la tela y del marco que lo constituyen. Y si un día quieren ustedes romper esquemas, quemar ídolos, derrumbar mitos (es decir, cambiar de paradigma), es evidente que no les bastará con rasgar una tela y sustituirla por otra más moderna (recuerden además que no hay que confundir modernidad y progreso, como lo expuse recientemente en otra conferencia). No, mientras que ustedes no pongan en entredicho el marco y no la tela, por más “revolucionarios” que se consideren no serán más que unos vulgares “reformistas”, puesto que seguirán empeñándose en hacer entrar telas en rectángulos, concepciones nuevas en teorías antiguas (que es exactamente lo que hace el cognitivista o el conductista metodológico). Incluso lo

dicen, y muy claro, los evangelios: “*Y nadie echa vino nuevo en vasijas viejas, porque el vino las rompería. Así se echarían a perder el vino y las vasijas. ¡El vino nuevo, en vasijas nuevas!*” (Marcos, 2; 22)

¿Por qué no imaginar, en efecto, cuadros ovalados, o redondos? Porque para nosotros, el rectángulo no era una de las posibles formas de enmarcar una tela para constituir un cuadro sino que formaba parte de la definición misma del concepto de cuadro: solo podía ser así so pena de no ser un cuadro. ¿Y como hacer admitir a alguien que se ha quedado con esta concepción, que un cuadro ovalado es también un cuadro? ¿O que un espectáculo de teatro que no sea representado en un escenario a la italiana es también teatro? (cosa que, cuando en mi juventud, fui actor, nunca pude hacer admitir a mi madre...)

En verdad en verdad os lo digo: lo más difícil de combatir no son las respuestas a una pregunta, es la pregunta misma, pues es ella quien nos encierra en los límites del marco conceptual a la que pertenece y que nos impone. El ateo y el creyente, que son las dos respuestas posibles (una negativa y otra positiva) a la pregunta sobre la existencia de Dios, combaten mutuamente la respuesta del otro, pero no ponen en tela de juicio la pertinencia de la pregunta. Ambos aceptan y tienen en común el concepto de Dios, y es por ello que, aunque se peleen con vehemencia, lo hacen en el interior de un mismo paradigma. Discuten de la tela, no del marco. En el fondo, hay una gran complicidad entre ellos pues representan las dos caras de una misma moneda, y una moneda no existe, por definición, sin una o la otra de las dos caras.

No, la ruptura con el paradigma de la creencia no lo constituye, en absoluto, el ateísmo. Al contrario, lo refuerza aunque no se dé cuenta de ello. La ruptura la opera

el agnosticismo, que, en lugar de dar una respuesta a la pregunta, que es una manera de legitimarla, la desestima (no se contenta con negar la tela, sino que niega el marco). Es por ello que yo no soy ateo. Y aún menos creyente. (Que unos y otros me perdonen y se apiaden de mí, pues no es en absoluto mi intención ofender a nadie).

Pero volvamos a nuestros asuntos. ¿Cuántas veces, en plena discusión con colegas cognitivistas, me han salido con aquello de : *“Buena, pero tú, si eres intelectualmente honrado, no puedes negar que las imágenes mentales existen.”* ¿Qué contestar? Me hallo frente al mismo dilema que mi hijo (propongo que, de ahora en adelante, esta alternativa sea conocida bajo el nombre de “dilema de Max”. ¿Les parece? No, es broma...). ¿Debo contestar a la pregunta explícita, literal, o a la pregunta implícita, metafórica? En el primer caso, me veo obligado a negar la existencia de las imágenes mentales puesto que son la conceptualización cognitivista de un fenómeno que sí existe, pero bajo una conceptualización diferente. Mi interlocutor llegará entonces a la para él indiscutible conclusión de que no soy “intelectualmente honrado”, que no quiero nunca declararme vencido y que no vale la pena perder el tiempo discutiendo con un individuo de tan mala fe como yo. En el segundo caso, puedo reconocer la existencia de ese fenómeno al que ellos conceptualizan bajo la apelación de “imágenes mentales”, pero ello no implica que yo esté aceptando tal conceptualización, como lo va a interpretar mi contrincante gritando victoria, sino que, puesto que yo soy “bilingüe”, he traducido su lenguaje (incorrecto) al mío y que me estoy refiriendo al fenómeno en sí, no a su particular conceptualización por parte del cognitivismo. Yo puedo distinguir el fenómeno de su tal o cual conceptualización, pues para mí está claro que son cosas distintas; pero como él es “monolingüe”, confunde el fenómeno (lo que debe ser explicado) con su

conceptualización (una explicación entre otras, no necesariamente la buena -o, si prefieren, no necesariamente la mejor-). Confunde, en efecto, el rostro y la máscara.

Y perdonen que ahora me auto-cite; pero ya se sabe, cuando uno envejece, tiene tendencia a chochar y a explicar siempre las mismas batallitas... Por otro lado, ¿por qué escribir de nuevo algo ya redactado? Ahí va pues:

“Al principio, había un fenómeno por explicar –la conducta- y una explicación propuesta –la teoría cognitiva, por ejemplo-. Está claro que la explicación propuesta tiene que encajar más o menos con el fenómeno que pretende explicar (como una máscara debe ajustarse más o menos al rostro del actor) para ser verosímil. Pero se trata sólo de una explicación entre otras posibles y, en todo caso, distinta de, no identificable con, el fenómeno que trata de explicar. Un fenómeno y su explicación son dos cosas distintas. Y uno puede preferir otra explicación sin por ello modificar en absoluto la naturaleza del fenómeno en cuestión. Rechazar un modelo explicativo no implica en modo alguno rechazar el fenómeno que debe ser explicado.

Pero si una teoría explicativa se ha perpetuado durante siglos (gracias, entre otras razones, a su carácter intuitivo) hasta el punto de que ya no es percibida como una teoría (que puede ser substituída en cualquier momento por otra) sino como el fenómeno mismo, resulta evidente que toda nueva teoría aparecerá como aberrante, como contraria a la evidencia misma, al sentido común más elemental.

Cuando una conceptualización se ha confundido hasta tal punto con el fenómeno que intenta conceptualizar que ha llegado a identificarse con él, a no formar más que una sola y misma entidad allí donde en realidad hay dos, entonces criticar, negar o combatir tal teoría equivale a criticar, negar o combatir el fenómeno en cuestión. Y como que negar el fenómeno no es honradamente posible, puesto

que existe; como que no se establece ninguna diferencia entre el fenómeno y la teoría secular que lo ha venido conceptualizando, y por lo tanto no se puede negar ésta sin negar aquél, entonces resulta honradamente imposible negar la teoría en cuestión.

El conductismo no niega tal o cual fenómeno, como se suele afirmar. Niega su conceptualización bajo la teoría cognitiva (u otra) y propone una conceptualización diferente para dicho fenómeno. El problema proviene de la confusión del concepto con la cosa; y como que la cosa ha sido bautizada con el nombre que le ha forjado la teoría primitiva (en los dos sentidos de la palabra), al negar dicho nombre de pila parece ser que se niegue la cosa en sí, puesto que se hallan íntimamente confundidos.”

Negar el geocentrismo no es negar que vemos “salir” el Sol por el este y “ponerse” por el oeste. Es negar que la única manera de teorizar este fenómeno sea afirmando que la Tierra está quieta y que el Sol gira a su alrededor, “saliendo” y “poniéndose”. Si alguien me dice: *“Bueno, pero tú, si eres intelectualmente honrado, no puedes negar que el Sol sale por el este y se pone por el oeste”* ¿Qué contestar? Si lo acepto estoy aceptando que el Sol gira alrededor de la Tierra y mi contrincante va a cantar victoria. Si lo niego, paso por un individuo intelectualmente deshonesto. Y es que no hay que olvidar nunca, y permítanme que insista, que un cambio de conceptualización no implica un cambio de percepción sensorial. Seguimos viendo todos los días el Sol “salir” por el este y “ponerse” por el oeste a pesar de que hayamos abandonado el geocentrismo y adoptado el heliocentrismo. Del mismo modo, por más monistas que seamos, seguimos percibiéndonos a nosotros mismos como duales, con un cuerpo y una mente. Pero es cuestión de saber a quién damos la prioridad, por quien preferimos regirnos: por las percepciones sensoriales (tan a

menudo engañosas) o por la razón. Si solo nos fiásemos del mundo sensible, no podríamos nunca hablar, como lo hacen comúnmente los físicos, por ejemplo, de espacio a “n” dimensiones puesto que el espacio que nuestros órganos sensibles pueden percibir comporta como máximo tres dimensiones. Todo “n” superior a tres es impensable de manera intuitiva.

Y voy a ir ya aterrizando. Durante esta charla, he utilizado un montón de veces el vocablo “mente”. Desde casi la primera frase, cuando dije: “*voy a exponerles algunas de las reflexiones que se han forjado en mi mente a lo largo de mis 35 años de docencia*”. Debo confesar que lo he hecho adrede. La palabra “mente” me parece un buen ejemplo, una buena síntesis de lo que les he intentado (no sé si lo logré) transmitir. En efecto, para todo aquél que haya adoptado el paradigma conductista (ya sea en su forma radical o interconductista), está sobradamente claro que este término no tiene razón de ser en el interior de tal conceptualización. Cuando decimos, por ejemplo: “*una idea acaba de atravesarme la mente*” a nadie se le ocurre preguntarnos: “*¿ah sí? ¿De derecha a izquierda o de arriba a abajo?*” puesto que somos conscientes de que se trata de una metáfora. Como cuando decimos “*he perdido la razón*” sin que nadie se ponga a cuatro patas a buscarla debajo de la mesa o detrás del armario. Pero perennizar, a nivel del lenguaje, términos que remiten a concepciones caducas no me parece la estrategia más adecuada para combatirlos. Tal actitud se me antoja, en efecto, de una “levedad insostenible”.

Hace unos años escribí un pequeño artículo denunciando el mentalismo subyacente a la utilización de los adverbios en “mente” en la medida en que no hace falta ser un gran latinista para saber que “mente” no es más que el ablativo singular de *mens-mentis*, un sustantivo que quiere decir “espíritu”. Así, por ejemplo, cuando

decimos “claramente” estamos diciendo “con la mente clara”; y cuando decimos “sinceramente” estamos diciendo “con la mente sincera”. Es decir, estamos “sencillamente” utilizando la lengua del “enemigo”, con lo cual ya tenemos media batalla de perdida. Y no me vengan con que yo he sido el primero en usar y abusar de los adverbios en “mente” a lo largo de esta conferencia puesto que lo sé “perfectamente” y lo he hecho “expresamente”, para ilustrar mi argumentación. Lo he usado, “exactamente” (incluido este último) 54 veces. I aún les he ahorrado el adverbio más increíblemente increíble, a saber: “*mentalmente*”; es decir, “con la mente mental”. Y del adverbio pasamos alegremente al sustantivo “*la mentalidad*” y entonces afirmamos que debemos modificar la mentalidad de los conductores de automóviles o de los hombres respecto a su participación en las tareas domésticas y perdemos tiempo y recursos intentando modificar la entelequia esa de “la mentalidad” cuando es obvio que lo que deberíamos modificar son conductas y no mentalidades. Una “mentalidad”, que yo sepa, nunca ha causado el más mínimo accidente, matado a nadie ni, por supuesto, planchado una sola camisa...

Bueno, ustedes no sé; pero yo seguiría aquí compartiendo aún durante horas y horas. Pero algo me dice (seguramente mi “reloj interno”, otro de los inventos, muy popular, de los cognitivistas) que debo terminar. Así que voy a poner punto final a lo que muy probablemente habrá sido mi última conferencia (y me enorgullece en sobremanera que haya sido para ustedes) puesto que después de haber pasado la mayor parte de mi vida concediendo tiempo a mis prioridades, a partir de este momento pienso más bien conceder la prioridad a mi tiempo.

Muchas gracias por su atención.